

Fernando Betancourt Martínez

Historia y lenguaje.

El dispositivo analítico de Michel Foucault

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2006

152 p.

ISBN 968-36-9919-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de diciembre 2014

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lenguaje/foucault.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

PRÓLOGO

¿Qué es posible buscar en el espacio interior que funda un libro? ¿Aprender y dominar un sentido pretendidamente originario? ¿Desarmarlo en un sin fin de unidades menores para después construir otra forma de articulación, ese camino infinito del comentario? ¿Una imagen precisa del mundo que pueda por fin consolarnos? Los epígrafes que abren este estudio señalan tres temas que complejizan toda tentativa de respuesta pues atienden a la cuestión de los límites del libro: la escritura, apertura donde las palabras son las que *sangran*, la finitud, es decir, la muerte como figura conjurada y sin embargo amenazante, y, finalmente, el saber como la puesta en marcha de una labor que las enlaza pero que también les debe su emergencia. Porque finalmente ¿no son las palabras inmovilizadas en el espacio de la página las que constituyen la sustancia material de un libro? ¿No es la muerte la obsesión que acompaña incesante a la escritura? El conocimiento ¿no le debe al libro su dominio y pertinencia? Pareciera que la cultura moderna, en la medida en que encuentra en el conocimiento su punto de apoyo fundamental, nace en el momento en que conjuga estos temas en una forma de pensamiento particular. Foucault le llamó *analítica de la finitud* a ese pensamiento que busca la forma de superar los límites de la grafía para acceder a la concreción de un saber sobre las cosas y, de manera paralela, las vías por las cuales escapar de toda contingencia. Sobre este doble límite se ha construido, sin duda, este libro. Primero, como su propia condición de existencia; segundo, al darle una orientación general sobre la cual bordar la textura misma de las palabras que lo forman. Así que los intersticios establecidos entre las palabras y la finitud corresponden al marco en el que encuentra acomodo una serie de intereses reflexivos y lo que bien podrían llamarse asuntos de perspectiva problemática, es decir, las modalidades por las cuales es posible formular problemas que guíen esos intereses.

Si bien lo anterior es el horizonte en el cual pretendo inscribir este trabajo, no legitima el medio por el cual un estudio pasa a tomar la forma de un libro. En todo caso, el hecho de su presentación impresa no se justifica, de ninguna manera, por su matriz inaugural o por la *luminosidad* de una temática. Aunque, ¿alguna vez sería posible justificar total y claramente la aparición de un libro por sí mismo, por su

propio espesor, sin hacerlo depender de algo exterior a él? No pretendo aquí hacer tal cosa, y esto porque quizás esté convencido de que ésa es una labor condenada de antemano. O antes bien, porque me parezca que su justificación sólo abrevia de la existencia de sus iguales: el libro, así, sólo debería su pertinencia a los otros libros, anteriores, contemporáneos, futuros; y por tanto, a su adscripción a los innumerables circuitos de lo ya escrito.

Es necesario decir, entonces, que este espacio, en donde se lleva a cabo la ceremonia de un duelo (el espacio de lo escriturístico),¹ se despliega a partir de un silencio y una locuacidad. Por un lado, un silencio que se establece con la entrada de un muerto en la escritura (me refiero no sólo a la muerte física de Foucault) y, por otro, una incesante escritura parlanchina que parece nunca cesar. Entre uno y otra se enlazan líneas de reciprocidad que se mantienen ocultas pero que se alimentan mutuamente. Por ello la ausencia se convierte en condición de un trabajo que ocupa el vacío, el hueco dejado por una presencia, a condición de nunca llenarlo. Y, a la inversa, el trabajo de la memoria trae al presente al que ya no está más aquí, aunque bajo la forma de un fantasma, de algo intangible que es convocado al ser, de alguna manera, repetido. De tal modo puedo decir que el campo de esta escritura, de este libro, se encuentra conformado por el cruce dado entre la diferencia (la ausencia) y la repetición (lo ya dicho).

Y bien, ¡he aquí un libro!, otro libro más, y para colmo, ¡otro sobre Foucault! ¿No es ya bastante? Sobre todo tomando en cuenta el conjunto de textos que este personaje escribió y aquellos que han sido escritos acerca de él. Es posible pensar que el conjunto que corresponde al primer caso, los textos signados por el nombre Foucault, señala ya un ámbito preciso y finito, circunscrito a una frontera realmente insalvable: la muerte del autor. Sin embargo, hoy presenciamos la búsqueda incesante de unos textos, ya sea inéditos o antes desdeñados por los comentaristas, que son transformados y agrupados bajo la estela luminosa de una *obra* y de una coherencia de principio. Tal es el caso de los ya famosos *Dits et écrits*,² en donde se tejen las entrevistas

¹ “Es preciso que el cuerpo muera para que nazca la escritura. Así es la moral de la historia que no se prueba con el sistema de un saber, sino que se narra. La ‘fantasía’ que la recita no está autorizada por un lugar propio, pero se ha vuelto necesaria debido a la deuda que significa un nombre. Se construye a partir de la *nada* (*nichts*: no tengo nada que perder) y de la obligación (no te olvidaré).” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 16.

² *Michel Foucault, Dits et écrits (1954-1988)*, 4 v., Daniel Defert y François Ewlad, dir., Paris, Gallimard, 1994. Hay una edición española condensada bajo el título de *Obras esenciales*, 3 v., Barcelona, Paidós, 1999-2000. Véase también: Michel Foucault, *De lenguaje y literatura*, introducción de Ángel Gabilondo, Barcelona, Paidós, 1996.

y las conversaciones con artículos, conferencias y cursos, hasta configurar un espacio de materiales que convoca a una tarea por hacer: estos textos no dejan de anunciar un recommienzo ahí donde suponíamos un final. Por el otro lado, una y otra vez se anuncian nuevos materiales que abordan, desde un sinfín de perspectivas, ya sea un asunto particular, por ejemplo la sexualidad, ya sea, pretendiendo visiones generales, los márgenes y centros del pensamiento foucaultiano.

Aun así, me parece que la respuesta a la pregunta anterior es no. De ninguna manera es suficiente el cúmulo de escritos que comentan unas obras pues este trabajo sólo encuentra, desde su propio principio, la constancia precaria del lenguaje, su carácter frágil e imperfecto. “Lo que ‘interpretamos’ —el sentido, nuestra historicidad, el pasado—, no se agota nunca en ‘una’ interpretación y permanece abierto e inacabable.”³ Si nos acercamos a los libros escritos por Foucault desde una distancia irreductible, distancia dada por la diferencia entre el momento de su emisión y el momento de su recepción presente, esto quiere decir que toda lectura no puede ser más que interpretación y que, como tal, nunca es única ni última, sino siempre finita e incompleta. De ahí que sigamos rindiendo tributo a esa escritura parlanchina que nunca parece adecuarse a su objeto, lo que implica que, finalmente, continuamos atrapados en una espesa telaraña. ¿Dónde está el verdadero Foucault? ¿En qué libro, en qué comentario, en qué nota, en qué irónica *cuenta de lavandería*? Lo que bien pudiera demostrar que el objeto Foucault no existe, salvo para la corte de creyentes en el dogma de que la escritura depende del peso obsesivo de una biografía.

Sin duda, lo que nunca es posible encontrar en los libros escritos por o sobre Foucault es a Foucault mismo y éste sería el postulado principal de este trabajo. El otro, que evidentemente está en relación con ese postulado, consiste en ver a la escritura, en tanto práctica, como escritura del pasado. De tal suerte, ausencia de objeto e historicidad de una práctica son dos de los problemas explícitos que este texto busca desentrañar. Pero éste no tiene como fuente sino un ejercicio de lectura, de diálogo abierto y relativo con esos trabajos e investigaciones signados por el nombre Foucault, bajo la consideración de que este diálogo no se establece con el propio personaje sino sólo con sus escrituras. Además, tal ejercicio se ve acompañado, en estas páginas, por los trabajos realizados por otros autores, particularmente Michel de Certeau, lo cual no deja de ser un atrevimiento de mi parte si tomamos en cuenta las distancias que los separan. Sin embargo, si para Foucault la labor intelectual consistía en excavar el suelo

³ Mario Teodoro Ramírez, “*Ciencia y hermenéutica según Gadamer*”, p. 138.

de nuestras seguridades, en problematizar lo que hasta entonces se mostraba como evidente, se podría señalar que gran parte de los autores citados, si no es que todos, comparten esa actitud crítica asumida como labor interminable que reconoce sus propios límites y la fragilidad del lugar desde donde mira. Esto permite, más que el constrate y la lucha de las opiniones, enriquecer la reflexión con múltiples conexiones inesperadas, con espacios comunes y paralelos que, en todo caso, no escapan a la singularidad de un lugar desde donde se habla y de una condición.

Se habrá notado la persistencia de una temática en todo lo dicho hasta aquí: los lenguajes, y, en particular, la experiencia de la escritura que se presenta como momento inaugural de nuestra modernidad. No es otro el tema central que me propuse abordar desde un oficio, el de historiador, que trabaja precisamente con esos elementos y desde los cuales se lanza como actividad productora de conocimientos sobre el pasado. Habrá que tomar en cuenta, entonces, lo que las reflexiones modernas, propias del siglo XX, muestran, a saber: el lenguaje ha dejado de ser considerado, principalmente en las actividades científicas, pero no sólo en ellas, como una representación exacta del mundo, como una adecuación entre discurso y realidad, o como un instrumento más o menos fiel que permite expresar las ideas. Por el contrario, se ha pasado a un horizonte en el que el lenguaje sujeta, crea, permite, somete. El poder del lenguaje, paradójicamente, se expresa como una actividad sometida a reglas y diversificada en una variedad de juegos lingüísticos que crean fronteras precisas al conocimiento del mundo y de nosotros mismos. Por el lado de la escritura, se reconoce que el momento en que se instituyen las ciencias y los saberes modernos fue permitido por el ejercicio de una práctica específica que alcanzó rango dominante y que dictó a la empresa de conocimiento las modalidades por las cuales se presenta hoy como actividad productiva.

Así pues, habrá que pensar qué tipos de problemáticas arroja tal cuestión y cómo define, de un modo incluso opuesto a la epistemología, que funda la historia como saber específico, las acotaciones de una disciplina y los problemas teóricos a los que nos enfrentamos: ¿cómo considerar las prácticas de lectura y escritura en relación a un trabajo que se interroga sobre el pasado? Esto es, interpretación y producción, en una tensión que hace visible los actos dialógicos que la articulan. Éste es, en suma, el escenario de un retorno: el lenguaje.⁴

⁴ Así intitula Foucault una parte de su libro *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, p. 295-299.